

Màrius Carol



El camarote del capitán

El mirador privilegiado de un director
de diario en tiempos convulsos
(2013-2020)

DESTINO

Màrius Carol

El camarote del capitán

El mirador privilegiado de un director
de diario en tiempos convulsos (2013-2020)

Título original en catalán: *El camarot del capità*

© Màrius Carol Pañella, 2021
Autor representado por Silvia Bastos, S. L., Agencia Literaria

© Editorial Planeta, S. A. (2021)
Ediciones Destino es un sello de Editorial Planeta, S. A.
Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona
www.edestino.es
www.planetadelibros.com

© Columna Edicions, Llibres i Comunicació, S. A. U.

© de la traducción: Manuel Pérez Subirana, 2021

Primera edición: abril de 2021

ISBN: 978-84-233-5924-0
Depósito legal: B. 3.580-2021
Preimpresión: Realización Planeta
Impreso por Egedsa
Impreso en España - *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

ÍNDICE

El capitán nunca come solo en el camarote	13
El café que Rajoy no se tomó en la Zarzuela	19
El discurso del rey	23
El día 1 comenzó sin chuchos de crema pero con porras .	29
«Así no, Majestad».	39
Los directores escogen personas, temas y, finalmente, palabras	49
Y Juan Carlos fue arrastrado por la ola	63
Puigdemont no quería dejarse fotografiar en el balcón de la Generalitat	71
El encargo envenenado a la vicepresidenta	85
Una confusión de togas en el Palacio Real	95
Un policía en la camiseta	103
Confidencias en el palco del estadio	115
Dos guardias civiles en el diario	125
Nadie tiene la menor idea de cómo es el primer asalto .	133
Qué noche (más larga) la de aquel día	143
La suerte de Tarradellas fue que no existía Twitter	153

De la preindependencia a la preautonomía.	167
Tocata y fuga del presidente.	179
La ratafía como último refugio.	195
Una comida con Ortuzar en el <i>txoko</i> del PNV.	207
Cuando se trata de escoger un camino (y no perderse).	219
No fue precisamente otro día más en la oficina.	229
La fecha de caducidad del director está en el envase.	241

EL CAPITÁN NUNCA COME SOLO EN EL CAMAROTE

Juan Luis Cebrián cuenta en sus memorias, tituladas *Primera página*, que cuando en la recta final del franquismo dejó el diario *Informaciones* para dirigir los informativos de RTVE, el director, Jesús de la Serna, le dijo: «Recuerda que el capitán del barco siempre come solo en el camarote», a lo que él añade a continuación: «No lo he olvidado nunca». A mí me tocó estar al frente de *La Vanguardia* en situaciones complicadas y, aunque hay veces en las que eres tú y solo tú quien asume el riesgo de dar o no dar una noticia, la verdad es que no me he sentido nunca solo. Sobre todo porque siempre he querido compartir lo que sabía con el editor y mi equipo, y lo cierto es que no me han fallado nunca en las ocasiones realmente importantes. Soy de los que piensan que si el capitán del barco quiere estar solo se acaba convirtiendo en un naufrago.

Llegué a la dirección del diario en diciembre de 2013, coincidiendo con un momento delicado para la prensa y aún más delicado para el país. La circulación de los periódicos en papel había comenzado a declinar y sus webs apenas generaban ingresos. Y en Cataluña subía la espuma nacionalista: el tema en torno al cual giraba el debate político había dejado de ser el pacto fiscal y ahora ocupaba su lugar la exigencia de una consulta sobre la inde-

pendencia. Mientras tanto, en Madrid, la única preocupación era el control del déficit que reclamaba Bruselas. El Gobierno central creía que las chispas que llegaban de Cataluña eran fuegos artificiales para ocultar los recortes del ejecutivo de Artur Mas. Mariano Rajoy estaba convencido de que cualquier aventura acabaría encallada indefectiblemente en el Tribunal Constitucional. De hecho, el periódico del 18 de diciembre, que anunciaba mi nombramiento como director, llevaba a cinco columnas un titular que decía «Rajoy acepta verse con Mas pero no para la consulta», y el subtítulo aclaraba que el presidente español no quería que se utilizara la reunión para escenificar un portazo al Estado.

El ministro más preocupado por lo que estaba pasando al otro lado del Ebro era posiblemente José Manuel García-Margallo, que meses más tarde, en el despacho del Ministerio de Asuntos Exteriores, me mostraría un borrador de revisión de la Constitución redactado por él mismo que creía que podía solucionar el encaje de Cataluña en España, en el cual planteaba la revisión del modelo de financiación, la recuperación de la disposición adicional tercera parcialmente anulada por el TC, la concesión a la lengua catalana de un estatus en el sistema educativo español o la actualización del papel del Senado.

El primer día como director me despertó la llamada de la productora del programa *El matí de Catalunya Ràdio*. Me dijo que Mònica Terribas solo quería felicitarme y no supe negarme. En directo me preguntó si era verdad que quien me había hecho director era el rey de España. La referencia me molestó profundamente, pues a mí nunca se me habría ocurrido preguntarle, el día en que la nombraron directora de TV3, si era verdad que había sido Jordi Pujol, muy amigo de su padre, el que la había colocado al

frente de la cadena. Le respondí que a mí me había elegido el editor, Javier Godó, y que si algo me avalaba era mi carrera. No tenía que justificarme de nada, aunque quizá pareció que lo hacía.

Una vez nombrado, tuve que esperar unos días a que mi predecesor desocupara el despacho. A los directores les cuesta un poco abandonar el confort del salón del trono. A Luis de Galinsoga, el propietario del periódico le mandó a los pintores para repasar las paredes a fin de que tuviera que desalojarlo. David Jiménez escribió en *El director*, cargo que ocupó en *El Mundo* durante trece meses, que seguramente esto es así porque un lugar como este ha sido tradicionalmente «uno de los mayores centros de influencia del país, cortejado por reyes y jueces, ministros y celebridades, escritores y cantantes, caciques y conseguidores». Es posible que haya perdido algo de ese carácter mítico, pero creo que sigue siendo uno de los pocos lugares temidos por el poder. Mientras tanto, decidí instalarme en el centro de la redacción, lo cual hacía que me sintiera bien, posiblemente porque es donde un periodista se encuentra más a gusto. Una de las cosas más sorprendentes que me ocurrieron en aquel entonces fue que, tan pronto como conocieron la noticia de mi nombramiento, dos personas intercedieron a favor de mi predecesor ante el editor, para que este rectificara su decisión. Y no porque tuvieran nada contra mí, sino porque preferían al otro. Fueron el ministro de Interior Jorge Fernández Díaz y el presidente de la Generalitat Artur Mas. Sus motivos tendrían.

En mi primer *billete* —que es como llamamos en el argot del oficio al artículo de la página 2— como director quise recordar la película *El cuarto poder* (Richard Brooks, 1952), en la que Humphrey Bogart, en el papel de máximo responsable del diario *The Day*, le suelta una

arenga al abogado de un mafioso que intenta comprar el periódico para silenciarlo: «*The Day* es un edificio enorme que no es mío. También contiene rotativas, teletipos, imprentas, prensas, tintas y despachos. Nada de eso es mío. Pero un periódico es algo más. *The Day* es más que un edificio. Son personas. Quinientos hombres y mujeres, cuyo conocimiento, corazón, cerebro y experiencia hacen posible el periódico. No poseemos ni una sola astilla del mobiliario de la empresa. Como las 250.000 personas que leen todas sus ediciones, tenemos un interés vital en que viva o muera. La muerte de un periódico tiene efectos de largo alcance... Un periódico se publica, ante todo y sobre todo, para servir al interés público». A este discurso yo añadí: «Sesenta años después, los diarios no tienen teletipos, tinta, ni siquiera despachos, y los periodistas han perdido bohemia. Sin embargo, el periodismo mantiene su carácter de servicio público y continúa siendo un pilar esencial de la democracia. Un diario debe contribuir a explicar a los lectores el mundo cada vez más complejo que nos toca vivir. Y no solo contar las cosas que pasan, sino sobre todo esclarecer por qué pasan. Este es nuestro reto como colectivo, y mi compromiso personal».

Todavía no disponía de despacho, pero ya tenía una declaración de principios. Y la fortaleza que proporciona que el 85 por ciento de la redacción votara a favor de mi nombramiento en una consulta que, si bien no tiene carácter vinculante, ha debilitado a más de un colega del oficio. Cuando finalmente pude acceder a mi lugar de trabajo, con unos cuantos libros nuevos y unos cuantos diarios antiguos, la estancia presentaba un aspecto desolador: tenía las paredes desnudas, las estanterías vacías y un ficus moribundo en un rincón. Lo primero que colgué fue una fotografía de Marilyn Monroe vestida de bailari-

na tomada por el fotógrafo Milton H. Greene el año en que yo nací. Después coloqué la pila de libros que me acompañan en el trabajo como fieles compañeros —«no hay amigo tan leal como el libro», decía Hemingway—, que enseguida llenaron todos los estantes. Y encargué que me enviaran flores: cada semana un ramo nuevo. Probablemente es el único gasto suntuoso que he realizado en más de seis años. Lo único que me inquietó fue la presencia de una enorme caja fuerte que me recordaba a las que los asaltantes de bancos del Far West abrían a punta de pistola. Les pregunté a las secretarías qué se guardaba en su interior, pero no supieron muy bien qué contestarme. Ellas tenían la llave y el código. Nunca tuve allí nada de valor. Quizá es que el periodismo ha ido a la baja y ya no se guardan dossiers secretos o grabaciones ocultas, como algunos directores aseguraban atesorar en el pasado. O quizá es que algunos han visto demasiadas películas.

Una de las muchas personas que me llamaron para felicitarme fue el presidente Mariano Rajoy, a quien apenas conocía. Nos habíamos saludado un par de veces en actos públicos, pero poco más. Me deseó suerte y me recomendó que me escapara unos días durante las navidades, pues se me avecinaba trabajo. Él pensaba irse a Galicia con la familia, aunque menos tiempo del que le hubiera gustado, ya que aquel jueves 26 debía estar en Madrid para acudir al día siguiente al Consejo de Ministros. Y me dio un consejo: «Nunca te precipites a la hora de tomar una decisión. Espera. Es muy probable que, si no haces nada, las cosas se resuelvan solas». Pensé que el presidente del Gobierno era tal como lo describían; no había margen para la sorpresa. Si aquellas palabras las hubiera pronunciado un imitador, habríamos considerado que se trataba de una caricatura demasiado fácil del

personaje. Pero es que Rajoy era un tipo transparente, lo cual no quiere decir, para nada, que fuese un político fácil de doblegar, pese a que su final fue tan desconcertante o más que algunas de las decisiones que tomó. O que nunca tomó.